



NOVELA.

JUAN QUE RIE Y JUAN QUE LLORA.

Qui es in cœlis.

I.

Entre los diversos camaradas que he tenido y que ya han pagado el forzoso tributo à la naturaleza figura uno, al que ninguna amistad reciente ha podido borrar de mi memoria, y en el que nunca pienso sin enternecerme y apesarmarme. Apesarmarme, digo, porque en mis horas de ocio me ponga à contar los lugares ya vacios en mi existencia, y me lamento de que de todos los que entonces alentábamos ricos de ardor y de lozanía, fantasmas de un día, disipados hoy en el tiempo y el espacio, no soy yo el primero que ha ido donde vamos todos.

Juan, pues tal era su nombre, estaba dotado del corazón mas sencillo y generoso que jamás he conocido: su espíritu era recto y franco hasta lo sumo, cariñosa y tierna en extremo su alma. Era además un gallardo mancebo; hermoso, como fundido en un molde, ni muy alto ni muy bajo, ojos azules, cabellos de azabache, tez blanca como la de una niña, y su ademan desembarazado, su ingenua fisonomía os arrastraba en pos para verle mas de cerca y amarle.

Solo tenia Juan una falta. Con ser tan jóven, los objetos exteriores producian en sus órganos harto sensibles vivisimas impresiones. Turbábale y le exaltaba el menor fenómeno de la naturaleza. Sumergianle en éstasis inauditos el murmullo del agua ó del viento en la arboleda, un rayo de la luna cernido por una nube, y una cantinella fugitiva del aire à través de las cuerdas de un instrumento. Tenia fé en los aparecidos, en los cuentos de brujas y de magos. Padecía à todas luces, aunque sin enojarse, si en su presencia se hablaba en tono poco ceremonioso de todos esos entes quiméricos, à quienes profesaba hondo respeto; y allí donde nosotros, ciegos é incrédulos, no sabíamos admirar, segun su dictamen, sino milagros casuales ó una combinacion mas ó menos extraordinaria de las leyes físicas, veía él emanaciones fortuitas, indicios súbitos y positivos del mundo invisible.

Como fácilmente se imagina este desarrollo excesivo de sensacion hacia à Juan desdichadísimo muchas veces. En cambio experimentaba fáciles goces, asombros imprevistos y deliciosos.

Decíanos que tenia sus puntas de loco; mas, ¿existe alguna prueba de que la estremada locura no sea tal vez el estremado juicio? ¿Posee cada uno de nosotros la misma delicadeza de oido, la misma seguridad de tacto y de gusto, la misma sutileza de olfato, la misma perspicacia de vista? ¿Por qué todas estas facultades reunidas en el mas alto grado no han de arguir mayor suma de inteligencia? ¿Osaríais afirmar que esta esquisita superioridad no sea la llave de infinitos misterios? ¿Qué costumbre tan importuna, qué manía tan cruel la de negar y hacer rechilla de lo que por nuestra insuficiencia no penetramos ni comprendemos! ¡Ay de mí! También nosotros, sus amigos, sus compañeros, participáramos de este error respecto de Juan, y como por nada lloraba y por nada reía, le llamábamos en el colegio Juan que ríe y Juan que llora.

No creais que la susceptibilidad febril de Juan se enojase por aquella chanza: de ningún modo. — Como gustéis, decía; mofaos: soy de esta manera. ¿Me teneis lástima, es verdad? yo si que os compadezco. ¿Qué quereis hacerle? En el canto de ese grillo, cuya monotonía os cansa y os da sueño, percibo yo una cancioncilla de placer ó de pena que me distrae ó me entenece. Al refrescar la brisa me trae de la montaña ó de la mar sonos indistintos al pronto, en los que no tardo en discernir cada frase, cada nota de la infinita melopea que sostiene la tierra con el cielo. Y si oigo ya tarde graznar à un buho sobre la cresta de una roca y en el seno de la soledad, no puedo persuadirme de que no sean las secretas melancolías de la noche las que por su voz se dispiertan y se exhalan.

¡Pobre Juan! ¡Tan elocuente y tan cándido, y morir tan jóven! porque desapareció del mundo cuando apenas habia cumplido diez y siete años. ¿Y cómo fue su muerte? Habia echado raíces en su corazón un amor temprano, infeliz y maldito; y tan luego como comprendió que en vez de locura seria acaso afrenta, falta de la fuerza ó de la resolucion para combatirse y vencerse, quiso romper con la vida antes que con las ilusiones y con las risueñas esperanzas de su delirio.

Murió como habia vivido con los ojos arrasados de castas lágrimas é iluminado el rostro de suaves sonrisas. Despues le compusieron un epitafio falso y absurdo como todos: colocaron una enorme losa sobre su sepultura y todo quedó dicho, excepto para su madre que no tenia otro hijo y para mí que no he podido olvidarle.

¡Pobre Juan! acaso no encuentren estas líneas que te dedico sino desdeñ é indiferencia. Ya pasó el tiempo de las narraciones que dicta el co-

razon y en que el alma se recoge. El vulgo es quien da la ley, y solo apetece informes melodramas y superficiales comedias. Mas al leerme, cúbranse de emociion los castos ojos, síjense atentos y enternecidos en los pasages que lo requieran; es lo único à que aspiro y con esto me sobra.

II.

Al salir una tarde de la clase de filósofa, como estuviese magnifico el cielo y hubiese abtido una menuda lluvia el polvo de los caminos, Juan se acercó à mí y me dijo.

— Agustín, ¿quieres que demos juntos un paseo à través de los campos antes de irnos à casa?

— Como gustes. ¿Y dónde vamos? le pregunté.

— Al Puente rojo, respondió Juan.

Descendimos por Tourventouse, nombre de un boulevard en la ciudad de B... en el bajo Languedoc, junto à las tapias del pueblo, y salimos al arrabal; volvimos à la izquierda por un hondo camino que conduce à una infinidad de vergeles; llegamos à la arboleda de plátanos que guarnece el rio: cruzamos el puentecillo de madera, antes pintado de rojo y hoy de verde, el cual ha dado nombre al paseo; pasamos la casa y el jardín del ingeniero, sombreado de espinos albares, embalsamado con el aroma de las acacias y de las fresas; penetramos à la derecha por un espeso bosque, cuyos límites señalan à la opuesta orilla las sinuosidades del estanque del desagüadero; nos sentamos sobre el césped al pie de un sauce y à la margen del agua, y Juan que tenia su idea en aquel recreo me miró en ademan pensativo como para escitar mi atencion, prorumpiendo de vez en cuando en suspiros y exclamaciones.

— Agustín, me dijo, notando que yo guardaba silencio. ¿No oyes las cigarras que se dispiertan y cantan entre el ramage de los plátanos y de las acacias, porque el sol de ocaso despide hoy rayos tan ardorosos como los del mediodía?

— Sí, oigo las cigarras, le dije.

— ¿Y no oyes los preludios de ese ruiñeñor en el centro de esos laureles?

— Sí, oigo al ruiñeñor; perfectamente.

— ¡Ah! eclamó estasiado. Dime, Agustín, ves, oyes y admiras como yo esas lindas florecillas silvestres que brillan entre las yerbas, esas estrañas violetas del estío, que no se han podido arrancar por lo escondidas que se hallan en su inaccesible sombra, aunque se adivina su existencia por su perfume mas fresco y sutil que le

de los frutos maduros de los vergeles, esa lluvia de rayos que el sol derrama lentamente sobre los ramos al ausentarse de nosotros; esos hilos de plata que flotan entrelazados en los troncos de los nudosos árboles, donde se arrastran y zumban enjambres de doradas moscas; ese agua que espejea, murmura y huye á nuestras plantas, esos floridos juncos que se empapan en los arroyos; esos gorgoros de las aves en sus nidos, y en fin, esos mil vagos rumores, ruidos intermitentes, ecos indefinibles, que percibe el oído en toda la campiña?

— Ciertamente, Juan, que no soy insensible á todo eso.

— ¡Ah, Dios mío! prosiguió sin hacerme caso. ¡Eso es bello, gracioso, variado, ameno, divino!

Poniendo despues los codos sobre sus rodillas, bajó los ojos y contempló cual se estremecía en el río el reflejo de las hojas del sauce.

— ¿Qué tienes, Juan? le pregunté. Al oír esta pregunta se crisparon sus nervios, levantó la cabeza y me dijo con vibrante acento.

— ¡Estoy enamorado! Tan verdadero era aquel grito que le arranqué del pecho: habia en la mirada que fijó sobre mí una ansiedad tan tímida y suplicante, que espiró en mis labios toda chanza; y tendiéndole al punto la mano le dije.

— ¿Con que estás enamorado, Juan?... ¿Y de quién? cuéntamelo... no tengas miedo... ¿No quieres que yo lo sepa?

Asió entonces la mano que le tendía, apoyó su frente sobre mi hombro, me oprimió á su pecho, y confuso é indeciso todavía, si bien algo mas sosegado por el interés de que di señales, me dijo a través de sollozos y de sonrisas.

— Te suplico, Agustín, que seas discreto; si ella llegase á sospechar que yo la amo ni aun me atrevería á pasar por las puertas de su casa. ¡Tiene unas trazas de orgullosa! y además á su lado todavía parece un niño. Cuando sé que está asomada á su puerta ó á su ventana, me digo, «Bueno; anda á paso lento; finge cansancio, y de este modo podrás verla con mas holgura y por mas espacio.» Mas apenas mis anhelantes ojos se encuentran con los suyos, me muerdo de vergüenza, aprieto el paso, vuelvo el rostro, y muchas veces estoy ya al fin de la calle y aun me parece sentir el fuego de su mirada fija en mi pobre persona.... Con todo, nada me cuesta revelarte lo que contribuye á que la ame con delirio desde que la ví por la vez primera.... Oh, amigo mío, cuanto me place la linda pañoleta de seda ó de indiana que cubre su seno, y especialmente cuando se la prende con un clavel, ó una rosa, ó un ramito de jazmines y un alfiler de oro en medio! ¡Qué bien la cae su redonda papalina con su encaje y sus guaranicones, y como hace que sobresalga el terso brillo de sus negros cabellos separados por dos cintas sobre su frentel! ¡Cuánto me enamora la crucecita de diamantes que pende de su garganta á la punta de una cinta de terciopelo! ¡Cuál me palpita el corazón cuando mucho antes de distinguirla en el umbral de su puerta, percibo el ruido cadencioso de su pie sobre el torno en que hila. — La otra tarde estaba casi descorrida la cortina de su ventana: ella se hallaba en pie delante de su espejo, probándose un vestido; y entreví su brazo hasta el codo.

¡Ah que tornatilidad y que frescura! ¡Oh, si me fuese dado sentir el roce de su brazo desnudo, ó estampar un beso en la cruz que lleva al cuello ó en la flor que brilla entre los pliegues de su pañoleta, me parece que no podría yo sobrevivir á tan inefable ventural Solo con pensar lo me estremezco de gozo, bulle mi sangre y se heriza mi cabello. ¿Si te hallaras en mi lugar, no te sucedería lo propio? Al fin será preciso cobrar ánimo y presentarme á ella y hablarla, porque ha de ser mi esposa. ¿Lo entiendes? Se la disputaré á los mas fuertes y á los mas osados; estoy resuelto! á poseerla á todo trance. Mi madre es rica, compraré un poco de tierra, aqui mismo, en el centro del bosque, construiré una casita con tejas verdes y con un banco de mármol á la puerta, plantaré un jardín lleno de lilas, tulipanes, acacias y jazmines; y traeré á esta mansion de delicias á mi amor, á mi dama, á mi esposa.... Tendremos pájaros, una baquita y cabras. ¿Entiendes? Cabras hermosas de reluciente piel, matizadas de blanco y negro, cuya leche es tan sabrosa, cuyo paso es tan tímido y presuroso, y cuyos dientes rumian la yerba de las rocas como en las bucólicas de Virgilio. Luego por la tarde, al ponerse el sol, saldremos á tomar el fresco, sentándonos en el banco de piedra. Yo me reclinaré á sus pies, colocaré mi frente sobre su falda, estrecharé su mano con mi mano, clavaré mis ojos en sus ojos, y crearé por instantes que mi alma se remonta con la suya á la mansion etérea entre el rumor lejano del desaguedero, cuyo estanque bulle y fermenta; entre las mil reverberaciones del agua y del cielo á través de los añosos plátanos; en medio de los suaves aromas de frutos y flores en que los céfiros van impregnados, de esas bandadas de aves que se persiguen y se llaman con sus gorgoros, mientras los últimos resplandores del crepúsculo se desvanecen de cima en cima, y tachonan el azul del firmamento con esos fúlgidos luminares que enciende la noche.

Despues de esta declaracion, de este largo discurso, interrumpido á veces por pausas y suspiros, Juan, cuyo ardiente sonrojo teñía de carmin sus mejillas, palideció y guardó silencio: se dejó caer sobre el césped y arrancó algunos manojitos de yerba, que llevó delirante á sus labios.

— ¿Qué haces, Juan? le pregunté con viveza. — ¡Oh! me contestó. ¡Me parece que está ya fabricada mi casita y que la habito con mi esposa: me figuro que ha hollado esta yerba con su ligera planta, y por eso imprimo en ella mis labios.

Volvió á sentarse á mi lado: se apoyó de nuevo en mi hombro, y permanecimos inmóviles y estáticos sin pronunciar una sola palabra.

(Continuará.)



TEATROS.

CRUZ.

A las siete y media de la noche. Se ejecutará el drama nuevo en cuatro actos y en verso original de don José Zorrilla, titulado:

EL MOLINO DE GUADALAJARA.

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Juana . . .	Sras. Perez.
Lucia	Tabela.
Teresa	Duran.
D. Pedro Carrillo.	Sres. Lombardia.
Juan Perez . . .	Alverá.
Gil de Marchena.	Lumbreras.
Lucas Ruiz . . .	Azcona.
Belletero 1.º . .	Carcelle.
Id. 2.º	Torroba.
Id. 3.º	Garcia.
Criado	Rada.

Terminará la funcion con baile nacional.

PRINCIPE.

A las siete de la noche. Se pondrá en escena la gran comedia

de magia, nueva, original, en siete cuadros escrita en prosa y verso, titulado:

LAS BATUECAS.

CIRCO.

A las siete y media de la noche. Segunda representacion del baile en dos actos titulada:

GISELA, O LAS WILIS.

TEATRO DE LAS TRES MUSAS,

Sito en la plazuela de la Cebada, núm. 96, cuarto principal.

Habiéndose presentado en esta córte don Joaquín Malabar da Silba con su compañía gimnástica, que acaba de recorrer las

primeras capitales de Europa, donde ha sido acogido con el mayor beneplácito, ha convenido en union con la compañía de declamacion dar principio á sus variadas representaciones, hoy jueves 26 á las siete de la noche, bajo la forma siguiente: Precedida de una sinfonia, se pondrá en escena la graciosa pieza en un acto titulada:

LA FAMILIA DEL EOTICARIO.

A continuacion la compañía gimnástica ejecutará elasticidades volteables sobresaliendo entre otras suertes las siguientes:

- Primera. Gran trasformacion de una águila imperial.
 - Segunda. La hermosa cascata de pecho.
 - Tercera. El admirable galápago.
 - Cuarta. La extraordinaria El pacada romana.
 - Quinta. La gran paz.
 - Sexta. Las jocosas campanas de Toledo.
 - Sétima. El juego de los bolos.
- Seguirá un buen intermedio de baile.

Termizado este se presentará don José Correa, portugués insigne, Alcides por su destreza y agilidad en la columna atlética y hará las fuerzas siguientes:

- Primera. El combatiente en la columna tornante.
 - Segunda. Columna de costado, levantando una persona.
 - Tercera. Los dos hilos encantadores.
 - Cuarta. Brazo de hierro.
 - Quinta. En la columna tornante hará el nadador, tocando al mismo tiempo hermosas variaciones de flauta.
 - Sexta. En la columna de Sason levantará 6 personas.
 - Sétima. El difícilísimo vuelo del mercurio.
- Dando fin al todo de la funcion con un gracioso y divertido sainete.
- NOTA. Los precios de entrada y las calidades siguen anunciándose por los carteles.